—Los ingenuos uruguayos (nos dijo con su fina sonrisa) me consideran un marido burgués engañado, un Bovary, y me fusilan a sonrisas por la espalda. (Con aire compasivo). Se encuentran en un grosero error. Yo no soy un esposo. Si bien es cierto que he pasado por la comedia de la unión burguesa, y que arrojé una firma al Registro Civil, como se arrojan papeles estrujados a un canasto, creí perfilar rigurosamente, con una carta, que publiqué en un periódico anárquico, mi verdadera situación erótica.

Amor libre - Interviews Voluptuosos con Roberto de las Carreras.

Aldea de Montevideo, Octubre 5 de 1902.

<https://autores.uy/obra/15274>

“... anclado lejos de la costa atávica, libre por excelencia de la cureña aborígen, sin la mochila disciplinaria del palaciego pedestre, me arrebujó en mi desdén por todo lo de mi país y a la manera que el pastor tendido sobre la yerba, contempla con ojo holgazán correr el hilo de agua, yo, desperezándome en los matorrales de la indiferencia, miro, sonriente y complacido, los sucesos, las polémicas, los volatines de la maroma, el galope de la tropa púnica por la llanura presupuestívora, el tiempo que huye cantando, los acuerdos electorales, las fusiones y las escisiones, Carlos amigo ... Yo no sé qué será de mí, rendido de soportar la necesidad implacable de este ambiente desolador ... ”

Julio Herrera y Reissig. *Epílogo Wagneriano de la política de Fusión*, dirigido a su amigo Oneto y Viana, 1902. Capítulo Oriental 13. Herrera y Reissig - El Modernismo (1968).

Nocturno (fragmento)

Fuera, la noche en veste de tragedia solloza
Como una enorme viuda pegada a mis cristales.

Mi cuarto: . . .

Por un bello milagro de la luz y del fuego
Mi cuarto es una gruta de oro y gemas raras:
Tiene un musgo tan suave, tan hondo de tapices,
Y es tan vivida y cálida, tan dulce que me creo
Dentro de un corazón . . .

Mi lecho que está en blanco es blanco y vaporoso
Como flor de inocencia,

Como espuma de vicio!
Esta noche hace insomnio;
Hay noches negras, negras, que llevan en la frente
Una rosa de sol . . .
En estas noches negras y claras no se duerme.

Delmira Agustini. *Los cálices vacíos*. O.M.Bertani Editor, 1913.

Los tranvías que van por la calle Suárez – y que tan pronto los veo yendo sentado en sus asientos de paja como mirándolos desde la vereda – son rojos y blancos, con un blanco amarillento. (...)
En aquellos lugares hay muchas quintas. En Suárez casi no había otra cosa. Ahora, muchas están fragmentadas. Los tiempos modernos, los mismos en que anduve por otras partes, y mientras yo iba siendo, de alguna manera, otra persona, rompieron aquellas quintas, mataron muchos árboles y construyeron muchas casas pequeñas, nuevas y ya sucias, mezquinas, negocios amontonados, que amontonaban pequeñas mercaderías en sus puertas. A una gran quinta señorial, un remate le ha dado un caprichoso mordisco, un pequeño tarascón cuadrado en uno de sus lados y la ha dejado dolorosamente incomprensible.

Felisberto Hernández. *Por los tiempos de Clemente Colling*. González Panizza Hnos. Editores, 1942.

Volver
Quisiera estar en casa
entre mis libros
mi aire mis paredes mis ventanas
mis alfombras raídas
mis cortinas caducas
comer en la mesita de bronce
oír mi radio
dormir entre mis sábanas
Quisiera estar dormida entre la tierra
no dormida
estar muerta y sin palabras
no estar muerta
no estar
eso quisiera
más que llegar a casa.
Más que llegar a casa
y ver mi lámpara
y mi cama y mi silla y mi ropero
con olor a mi ropa
y dormir bajo el peso conocido
de mis viejas frazadas
Más que llegar a casa un día de estos
y dormir en mi cama.

Idea Vilariño. *Nocturnos*. Número, 1955.

Un día entero he caminado en busca de una ciudad y ella bajaba y subía sin peldaños. Entre las torres desniveladas mirando el mar.
Camino por sus calles para mi viejas y nuevas como ninguna. Y no puedo encontrarla en el día. En el día tan suyo y en el aire que guerdos los rumores de la mañana. Busco otra ciudad de aire claro. Donde agauradar las noches encandiladas en los reflejos del agua. Cuando las grandes ruedas se columpian sin descanso. He de verla vertical y sumergida en el agua. Porque la ciudad huye de mis ojos. Y se refugia en los espejos del agua. He de apresar su sonrisa. Cuando resbala entre las torres desniveladas mirando el mar.

Susana Soca. Poema *Ciudades en Noche Cerrada*, Ediciones de la Licorne, 1962.

Larsen, Junta tenía un traje nuevo, oscuro, un sombrero negro que le llegaba hasta los ojos; siempre había estado vestido de gris en la administración de *El liberal*, humillado y lacónico, pero demasiado ordinario, demasiado viejo para tener lo que Julita llamaría una pena secreta. De todos modos, siempre gris, siempre abotonado, anudada con fuerza la corbata que sostenía una perla, aún en verano, trepado en el taburete de la administración, la nariz curva encima de los grandes libros de contabilidad y las manchas de tinta, las leyendas políticas grabadas a cortapisas en el pupitre, los puños comidos de la camisa comiéndole la mitad de las manos, con o sin pena secreta.

Juan Carlos Onetti. *Juntacadáveres*. Editorial Alfa, 1964.

Misal final para Elena (fragmento)

Entró a las galerías, sin querer. Se reflejaba en los vitrales. Melena corta, gris como siempre. Al sentarse en el bar cruzó sus piernas con modosidad y las descruzó. El mozo ya la observaba; cambió una risita con el cajero. Los dos eran imbéciles.
Recompuesto, el mozo se aproximó. En ese instante ella retocaba su maquillaje. Tenía facciones armónicas, notorias. Las líneas, bajo la bombilla eléctrica, se acentuaron un tanto y mucho.
Pidió un guindo.
La copa se colmó enseguida en un color rojizo. Era algo etéreo: parecía solo un color y no una bebida.

Marosa di Giorgio. *Misales* (1993). Casa Editorial Hum, 2021.

“(…) no puedo comprender cómo la humanidad no ha superado el paraguas. Yo trato de hacerlo, o bien usando una gorra y una campera impermeable o, en la mayoría de los casos, quedándome en casa cuando llueve. Es lindo ver llover desde mi casa cuando llueve, un tercer piso con un ventanal muy amplio. Y no sólo es lindo ver llover, sino mirar cualquier cosa que suceda en la calle, e incluso cuando en la calle no sucede nada, de noche, nada humano quiero decir, porque con los árboles siempre hay un diálogo posible.”

Mario Levrero. *El Alma de Gardel*. Ed. Trilce, 1996.

Al exiliarnos juntas, fue, en realidad, como si no nos hubiéramos exiliado, como si transportáramos con nosotras todo aquello que amábamos hasta entonces: el perfume de glicinas de la calle Larrañaga, en Montevideo, la estatua del cacique herido en el vientre por una bala disparada por el invasor que veíamos desde la terraza de nuestro piso, en la calle Cebollatí, frente al mar, las canciones de Mina, la tigresa de Cremona (“grande, grande, grande”), el estreno de la “Balada para un loco”, en el Teatro Solís, cantada por Amelita Baltar, la pizza a caballo en la terraza bajo los arcos de La Pasiva, el quiosco del rosedal en El Prado, las olas que saltaban en la rambla de Pocitos y empapaban la carrocería antigua de los autos, el ruido del viento en las esquinas, el tango “Rencor” cantado por Carlos Gardel desde el único disco de la fonola del bar Rechiflado en mi tristeza, las prostitutas de la calle Ituzaingó que se compadecían de los últimos borrachos y los metían a dormir en sus camas, en los cuartos de pensión y las canciones de María Bethânia, los relatos de Felisberto Hernández, los libros de Cesare Pavese y de Juan José Arreola que comprábamos en cuotas.

Cristina Peri Rossi. *La insumisa*. Editorial Hum, 2020.